

**EN TORNO A JASPERS**

**JESUS VALLEJO MEJIA**

**Profesor de Derecho Constitucional  
y Filosofía del Derecho  
en la Facultad de Derecho U.P.B.**

La revista de la Universidad Pontificia Bolivariana, por amable e insistente invitación de su director, ha querido que un aficionado a la filosofía escriba estas notas en homenaje a Karl Jaspers, con ocasión del primer centenario de su nacimiento, cumplido el 23 de febrero de 1983.

El que esto escribe tiene buenas razones para mostrar modestia en torno de la tarea que se le ha encomendado, pues no es la filosofía su ocupación principal ni es perito en el mundo conceptual de ese eminente pensador alemán. Pero quizás valga la pena explorar cuál puede haber sido la resonancia de la obra de Jaspers en un hombre de la calle, pues una de las tareas que aquél impuso fue precisamente desbordar el ámbito de las academias y llegar con su mensaje hasta la opinión corriente, sin perder por ello su elevada jerarquía intelectual.

Probablemente la primera y más fuerte impresión que deja en uno el contacto con los escritos de Jaspers es la de encontrarse frente a un pensamiento noble, de primerísimo nivel por el espíritu que lo anima y el contenido que lo condensa. Jaspers parece haber sido uno de esos individuos privilegiados a quienes se les concedió el poder de recorrer su camino siempre con la frente en alto y con la mirada lúcida y escrutadora dirigida hacia lo esencial. A pesar de las dificultades que hubo de afrontar, de las que da cuenta su "Autobiografía Filosófica", él mismo manifestó haber percibido algo que desde su niñez permaneció idéntico a lo largo de su evolución espiritual. Y confesó, con honda sinceridad, que "el único gran vuelco en mi vida ha sido la unión conyugal, con mi mujer, en la cual lo ya dado se ha afianzado y he experimentado un infinito ensanchamiento" ("Autobiografía Filosófica", Sur, Bs. Aires, 1964, p. 97). También escribió que "desde temprano he experimentado la fascinación de la grandeza, venerando a los grandes hombres y a los grandes filósofos, insustituibles para todos nosotros, gracias a los cuales tenemos las pautas, y a quienes, no obstante, no endiosamos, pues cada cual debe llegar a ser él mismo, aun frente al más grande" (id. p. 99).

He ahí tal vez una de sus claves. Jaspers se mostró siempre respetuoso ante la tradición filosófica, a la que, junto con la herencia bíblica, consideraba como uno de los pilares fundamentales de la civilización occidental. Con todo, dentro del espíritu de esa doble tradición, a la que quiso reunir bajo el concepto de la fe filosófica, fue un filósofo original y creador, no un mero epígono de los grandes maestros del pensamiento sino maestro él mismo y uno de los testigos capitales de nuestro atareado siglo XX.

Esa es otra de las características de Jaspers, el haber sido hombre de su tiempo, que pensó situándose en el ambiente espiritual de la época en que le tocó vivir y dirigiéndose, con sentido de trascendencia, a sus compañeros de ruta, la humanidad en su conjunto y cada hombre concreto en particular.

¿Cuál es la originalidad del pensamiento de Jaspers y cómo se vincula su contenido con los problemas del mundo de hoy? ¿Qué es lo llamado a perdurar en su producción intelectual, amén del testimonio de su vida?

Se ha dicho que "toda filosofía se caracteriza por una intuición central que representa la aportación personal del autor y constituye el sentido fundamental de su doctrina" (Joseph Rassam, "Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino", Rialp, Madrid, 1980, p. 17). Es probable que la intuición central de Jaspers se refiera a la cuestión del Ser, lo que lo sitúa entonces dentro del campo de la metafísica. Más precisamente, su planteamiento versa sobre la inaccesibilidad y el desgarramiento del Ser.

El problema del Ser no puede dejar de plantearse, como lo pretende el neopositivismo al proclamar que se trata de un seudoproblema carente de sentido y originado en un mal uso del lenguaje. La exigencia de fundamentación que está en la raíz del saber científico y el anhelo de lo absoluto que anida en el hombre conducen inexorablemente al tema del Ser.

Pese a los avances de la ciencia, que la han hecho "neta para la razón" e "imprescindible para el filosofar", ella no puede dar cuenta de la totalidad de su objeto ni de los supuestos que la sustentan. La ciencia versa sobre objetos más o menos específicos y se vale de instrumentos lógicos —en suma de la razón— que ella misma no ha esclarecido. La totalidad de los objetos, lo que los engloba, es el mundo, que no puede ser objeto del saber científico como tal. El saber acerca de la totalidad y de la razón en que se funda la ciencia ha de ser entonces de otra índole y es inexcusable.

Al mismo resultado se llega por el análisis del sujeto cognoscente, que es mucho más que eso. El sujeto no puede captarse a sí mismo sino como objeto, pero en ese acto advierte que no lo es como los restantes objetos del mundo. Mejor dicho, que no es objeto en absoluto y ni siquiera es en el mismo sentido que los entes que aprehende. Ese sujeto, al que Jaspers denomina "Existencia" para diferenciarlo de lo existente o "Dasein", es, como dice Bochenski, "un ser que se encara con todo el ser cósmico. No es, propiamente, sino que puede y debe ser. Ese ser soy yo mismo, con tal de que no me convierta en objeto para mí mismo. Representa una irrupción en el ser del mundo y no se halla más que en el hacer" ("Bochenski, "La Filosofía Actual", F.C.E., México, 1969, p. 207).

Pues bien, del mismo modo que el mundo es un "englobante" de los objetos, en el sentido de una totalidad que los desborda y no puede ser aprehendida en sí misma, la "Existencia" es asimismo otro "englobante". Según cita que hace A. Kremer-Marietti de un texto de "Sobre la Verdad", ha dicho Jaspers que "lo que llamamos alma, el yo, la personalidad, es siempre un todo en el que las imágenes de mundo se hallan tan asimiladas que con su supresión el alma también sería abolida" (A. Kremer-Marietti, "Jaspers", Edaf, Madrid 1977, p. 79). Tampoco puede entonces la existencia aprehenderse a sí misma, pero el análisis le muestra "que no somos el ser pura y simplemente" (id., p. 82), al que sin embargo tendemos en un doble sentido: como fundamento y como término de nuestro obrar.

En efecto, según cita de A. Kremer-Marietti, "la existencia significa, en el querer—llegar a ser—claro ilimitado, el querer—llegar a ser—transparente del origen oscuro insuprimible del Ser-propio" (op. cit., p. 89).

El Ser pura y simplemente no está en el mundo ni en la Existencia: es lo englobante de uno y otra.

El desgarramiento o la escisión del Ser se advierte pues en esos tres modos de lo englobante: el mundo de los objetos, la Existencia o ser del sujeto y el ser en sí "que no puede ser abarcado ni por lo existente ni por el para sí: la trascendencia" (Bochenski, op. cit., p. 205).

No es la primera vez que se habla en la metafísica del Ser escindido o dividido. En realidad la tradición filosófica ha advertido esa cuestión a lo largo de su desarrollo, dando lugar a nociones diversas como las de ser necesario y ser contingente, apariencia y realidad, fenómeno y nómeno, etc. Si uno se remonta a la concepción aristotélica del Ser, se encuentra con el principio de que "el Ser se dice de muchas maneras", de suerte que en cada ente se encuentra el ser, pero ninguno en este último.

La novedad del planteamiento de Jaspers parece consistir en que, según su modo de ver, la escisión del Ser lo hace inaccesible a la razón. El tema de las relaciones entre razón y Ser se da también con múltiples variaciones a lo largo de la historia de la metafísica, la que ha transcurrido entre dos extremos: la afirmación de la racionalidad del Ser, de suerte que conduzca a proclamar la identidad de los dos términos y la negación de lo mismo, que relega al Ser al ámbito de la nada y encierra la racionalidad humana en sí misma. Tal vez Hegel y Kant ilustren esas dos posibilidades: el primero, con su planteamiento de que "todo lo real es racional y todo lo racional es real"; el segundo, al postular que la cosa en sí es incognoscible, de modo que el papel de la razón debe limitarse a la organización del conocimiento fenoménico.

La raíz del punto de vista de Jaspers se hunde así en la corriente de Kant. El universo del sujeto es inseparable de él mismo, de modo que si bien el sujeto no se capta sino en los objetos, la unidad de éstos reside en el englobamiento que aquél produce. Sin embargo, Jaspers no se queda ahí, impotente ante el misterio del Ser. Consciente de las posibilidades de la razón, mejor aun, de los límites de la Existencia (lo que da lugar a su concepto metafísico-ético de "situación-límite"), intenta sin embargo trascender hacia el Ser, mas no por la vía de la mística y, en general, de la irracionalidad, sino de la propia razón.

Como lo ha dicho en su "Autobiografía Filosófica", "el mundo en su conjunto no puede ser aprehendido como racionalidad, mas puedo en él estar resuelto a guiarme por ella". A esto agregó: "Lo que deseaba realizar en el filosofar era, pues, lo que como "razón" he analizado detenidamente, reencontrando su sentido a través de Kant y Lessing. Voluntad impulsada por razón hacia la razón, la cual debe, empero, ser sustentada en todo momento por otra cosa: la Existencia; conciencia de los orígenes, que no pueden ser fundamentados en sí mismos; voluntad fundamental de dejarse penetrar en el obrar por actualidad, a través de la cual habla la eternidad, con estas fórmulas, y otras más, puede rondarse lo uno de que se trata. Esta razón se da una objetivación en el existir de una realidad histó-

rica y en el pensar de sus órdenes" (Jaspers, "Autobiografía Filosófica", ed. cit., p. 101).

Este pasaje, ciertamente crítico, puede descifrarse mediante el auxilio de otros textos en los que se explica cómo el movimiento de la razón, que parte de su autoconsciencia, "esto es, el saber de los modos y los métodos del pensar, de la orientación en la forma del pensar, llegando hasta la claridad sobre los orgígenes (id. p. 84), consigue que el pensamiento se sitúe por encima de sí mismo. Ello significa la posibilidad de su trascendencia, en la que "el hombre que piensa filosóficamente llega a ser dueño de sus pensamientos, en vez de estar atado, sordamente, a vías y modos del pensar" ("Autobiografía Filosófica", ed. cit., p. 84).

De esa manera, la razón trasciende lo meramente objetivo para irse en busca de "aquello que es origen tanto de lo objetivo como del pensar allá enderezado del sujeto", instancia que no se expresa "ni a través del solo objeto ni a través del solo sujeto, sino a través de ambos fundidos en una unidad, que es la trascendencia tanto de la conciencia como del ser" (id., p. 84).

Este planteamiento es capital para entender la concepción que tuvo Jaspers de la filosofía y su distinción esencial respecto de la ciencia. La ciencia lo es, cabe repetirlo, siempre de objetos, los cuales delimita con la mayor precisión posible; sus resultados son susceptibles de confrontación objetiva y de afirmarse con validez universal. "Empero, la ciencia no puede aprehender su propia razón de ser; no muestra el sentido de la vida, no guía; tiene límites, de los que ella misma se percató si media una clara conciencia metodológica". La filosofía es en cambio la disciplina que se ocupa de los fundamentos, mas no en el sentido que lo han entendido muchos, que la ven a la manera de una cosmovisión científica que sintetiza y critica los resultados de las ciencias, sirviendo como una instancia superior, por así decirlo, depuradora de estas últimas, ni como la concebía, v.gr. Husserl, al afirmar que era una ciencia estricta, precisamente la que mediante la reducción fenomenológica podría llegar hasta las esencias, que serían su objeto propio.

No, para Jaspers el objeto propio de la filosofía es el Ser, que se siente en la vida íntima y lo exige la razón, cuyo análisis muestra la imposibilidad que tiene de cerrarse en sí misma (id., p.85), pero que no puede ser aprehendido objetivamente.

De ahí surgen diversas consecuencias, algunas de las cuales vale la pena mencionar.

En primer término, la imposibilidad de aprehender objetivamente el Ser, en términos análogos a como las ciencias particulares aprehenden sus respectivos objetos, conduce a que la filosofía no puede ser ciencia de verdades absolutas y universales. Pero tampoco son verdades relativas, expresión que en sí misma destruye el sentido de la verdad y abre las puertas al nihilismo. Las tesis filosóficas se acercan al Ser, se sitúan dentro del horizonte de lo esencial, lo tienen como meta, pero el conocimiento que obtienen y afirman no puede volcarse en moldes rígidos e inmutables.

Ese conocimiento, en segundo término, acarrea consecuencias éticas para el sujeto que filosofa. Mientras que las ciencias "permiten superar al hombre indagador del contenido de lo conocido, en el filosofar —para mí— el hombre no podía ser separado de sus pensamientos filosóficos" (id. p. 43). La filosofía viene a ser así, radicalmente, filosofía de la existencia, o sea: "El pensamiento por el cual el hombre, haciendo uso de todo el saber, pero trascendiéndolo, aspira a ser -el mismo. El tal pensamiento no aprehende objetos, sino que dilucida y efectúa en uno el ser de quien así piensa. Llevado a un estado en que está como en el aire por haber pesado más allá de todo conocimiento del mundo fijador del Ser (en plan de orientación cósmica filosófica), invoca su libertad (en plan de dilucidación de la Existencia) y en la invocación de lo trascendente crea el ámbito de su obrar absoluto (en plan de metafísica)" (id. p. 44).

De ese modo, Jaspers reitera el imperativo socrático: "Conócete a ti mismo". O mejor, el que formulara Nietzsche: "Llega a ser lo que eres". La filosofía conduce al pensador a esclarecer dentro suyo el ser, pero "el hombre sólo llega a su propio ser por conducto del "otro", jamás por el solo saber. Llegamos a ser nosotros mismos sólo en la medida en que "el otro" llega a ser él mismo, a ser libres sólo en la medida en que "el otro" llega a serlo" (id. p. 98).

Esta afirmación, producto de la herencia bíblico-evangélica, conduce, en tercer término, a destacar el papel de la filosofía como ámbito, no de la verdad absoluta que no puede formular, sino de la comunicación "donde todos nos pudiésemos encontrar" y que es "el problema central, por lo pronto práctico, luego filosófico, de nuestra vida" (id. ps. 99 - 100). Así lo ha expresado en párrafo que merece destacarse: "Buscaba ese ámbito, en donde los auténticos contenidos, aunque se enfrentasen, se pusieran en evidencia como verdades. Procuraba comprender esos contenidos aun allí donde no participaba de ellos a través de la realidad propia. Ese filosofar debía posibilitar toda libre asimilación de los contenidos, más bien traer consigo el reconocimiento de que ningún hombre, por grande que fuera, era todo y que el individuo, cuanto más decididamente llegaba a ser verdadero y sabía de sus posibilidades y limitaciones, tanto más decididamente necesitaba de los demás" (id., p. 101).

De tal guisa, "a la filosofía incumbe trabajar en los modos de saber por medio de los cuales lo esencial para la aprehensión de las cosas puede llegar a ser manera de pensar de todos. Entonces la conciencia del mundo y de lo trascendente y la libertad del ser sí mismo se tornarían conciencia general y como espíritu público se realizarían en cabal simplicidad, verdad y hondura" (id. p. 105).

Ha dicho Jaspers que "ninguna filosofía grande es huérfana de pensamiento político; ni aun la de los grandes metafísicos, en absoluto la Spinoza, quien incluso prestó colaboración activa, de efecto espiritual. De Platón a Kant, y a Hegel, Kierkegaard y Nietzsche va la grande política de los filósofos. Lo que una filosofía es, se evidencia en su faz política" (id. p. 80).

De ahí que la doctrina sobre la necesidad de autoesclarecimiento del ser humano, que sólo puede lograrse con "el otro" y en el ámbito de la comunicación ra-

cional, tenga a la postre consecuencias en una orientación política humanista, pacifista y universalista de la que dan cuenta distintos escritos de Jaspers, de los cuales cabe destacar y recomendar vivamente el que lleva por título "La razón y sus enemigos en nuestro tiempo" (Ed. Suramericana, Bs. Aires, 1967).

En escritos de esta índole se manifiesta Jaspers como testigo de su época, a la vez que como protagonista. Es difícil caracterizar de modo conciso lo que el propio Jaspers denominara en una de sus obras, "el ambiente espiritual de nuestro tiempo". Tal vez podrían destacarse la agudización de las contradicciones en todos los aspectos de la vida y la confusión en que se debate el hombre contemporáneo, la ciencia y la técnica han hecho posible un progreso material sin precedentes en la historia, lo que ha permitido mejorar sustancialmente las condiciones de vida de los pueblos civilizados. Pero de ahí se han suscitado terribles virtualidades destructivas que amenazan con borrar al hombre de la faz de la tierra. Los Estados brindan seguridad en muchos aspectos, pero nunca antes habían tenido en sus manos tantos instrumentos de opresión como ahora. Y lo más significativo es la pérdida de orientación vital por parte del hombre contemporáneo.

Uno de los aspectos centrales de la obra de Jaspers es precisamente su preocupación por describir los rasgos básicos de esa falta de orientación, al insistir en las llamadas por él "situaciones-límite" que ponen en vilo al hombre (la muerte, la soledad, la culpa, el padecimiento, la lucha) y le hacen experimentar el fracaso. Pero Jaspers se ocupa también de **prescribir** lo que puede ser el remedio contra la desorientación vital. Paradójicamente si bien para Jaspers el hombre está condenado al fracaso, lo que le hace decir a Abbagnano que en su filosofía el análisis de las posibilidades (Abbagnano, "Diccionario de Filosofía", F.C.E., México, 1980, p. 493), ese mismo fracaso, según Bochenski, "significa la revelación y corroboración supremas de la infinitud de Dios, el único ser verdadero. Sólo en un derrumbe total puede hacérsenos visible. De aquí que el lema de esta filosofía (la de Jaspers) rece: "filosofar no es otra cosa que aprender a morir" y la consigna: "experimentar el ser en el fracaso" (Bochenski, op. cit., p. 215).

El remedio no puede formularse en recetas simples y esquemáticas. El camino no está trazado de antemano. Como en el verso de Machado, "se hace camino al andar". La filosofía no es una ciencia, es una práctica. La trascendencia de la razón desemboca en la fe filosófica, íntima y no dogmática, que es potencia de vida más que pauta normativa.

No está por demás el poner término a este pergeño sobre el pensamiento de Jaspers, con la síntesis que él mismo ofrece en uno de los párrafos de su Autobiografía Filosófica: "La unidad de mi pensamiento, si es que la hay, radica en el punto de referencia del saber fundamental, que es a la vez simple y global, pero que no puede cuajar en ningún molde definitivo y en la fundamental voluntad de comunicación. Mas no se da en el conjunto de mi obra la unidad global de un todo, sino una serie de unidades en el espacio abierto que tienen su centro, o su perímetro,

en lo Uno infinito. El pensamiento humano no puede alcanzar ni uno ni otro, mas es verdadero en la medida en que ellos son su punto de referencia y lo iluminan" ("Autobiografía Filosófica", ed. cit., p. 107).

Jaspers ha intentado abrir una vía de acceso, apropiada para el hombre de hoy, hacia lo Uno infinito. El tiempo dirá si ese empeño por mostrar lo indecible fue fructífero.